

# VIDAS SINGULARES

de la historia

*Título original:*

Scott, Amundsen und der Preis des Ruhms

*Textos:*

Andreas Venzke

*Ilustraciones:*

Volker Fredrich

*Fotografías:*

De dominio público: p. 78; Bildarchiv Preußischer Kulturbesitz (bpk): pp. 13, 39, 73; bpk/Bayerische Staatsbibliothek/Archiv Heinrich Hoffmann: p. 129; National Oceanic and Atmospheric Administration, Department of Commerce (NOAA)/Michael Van Woert: p. 15; NOAA/Steve Nicklas: pp. 32, 34, 81; NOAA/Herbert G. Ponting: p. 41; NOAA/F. Debenham: p. 53; NOAA/John Bortniak: p. 90; National Science Foundation/Jim Waldron: p. 84; picture-alliance/empics: pp. 17, 118; picture-alliance/akg-images: pp. 45, 97; picture-alliance/© dpa-Bildarchiv: p. 127; picture-alliance/© dpa-Report: p. 110; picture-alliance/© Illustrated London News Ltd/Mary Evans Picture Library: p. 69; picture-alliance/dpa: p. 35; picture-alliance/imagestate/HIP: pp. 54, 91; picture-alliance/imagestate/HIP/Ann Ronan Picture Library: p. 29; picture-alliance/Mary Evans Picture Library: p. 115; Scott Polar Research Institute/Herbert G. Ponting: pp. 20, 59, 67, 95, 102, 113

© 2011 Arena Verlag GmbH, Würzburg

www.arena-verlag.de

*Traducción:*

Teresa Martín Lorenzo

© De esta edición:

Editorial Editex, S. A.

Vía Dos Castillas, 33. C.E. Ática 7, edificio 3, planta 3ª, oficina B

28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ISBN: 978-84-9003-307-4

Depósito Legal: M-17658-2012

Imprime: Orymu

Impreso en España - Printed in Spain

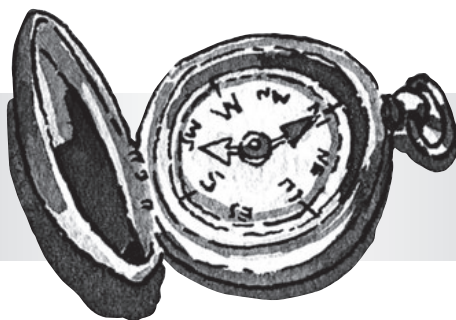
Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de este libro, pueden reproducirse o transmitirse o archivararse por ningún procedimiento mecánico, informático o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento de información sin permiso escrito de Editex, S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Andreas Venzke

# Scott, Amundsen

y el precio  
de la gloria



  
EDITEX



## En el «South Pole Inn»

—¡Mirad esto! —exclamó Howard al entrar en mi taberna sacudiéndose la chaqueta y los pantalones—. ¡No me lo puedo creer! ¡Nunca habíamos visto algo así!

—Pues claro que lo habíamos visto —respondió al instante el viejo Bill—. Aunque a lo mejor no tanta.

Yo me quedo mirando hacia la pared y esbozo una sonrisa forzada. Mis ojos ya no son de fiar. Sin embargo, veo brotar en mi interior unas extrañas imágenes, al principio borrosas y luego cada vez más claras... En aquellos tiempos nadie se habría atrevido a sacudirse la nieve después de entrar. Eso tenía que hacerse frente a la tienda.

Howard, un hombre calvo, le pide a mi mujer que le ponga una Guinness y se une a los demás que, como si fueran niños, dan palmas y pisotones en el suelo. En realidad, Ellen tampoco ha visto nunca la nieve, la nieve de verdad, cuando todo cuanto hay es nieve y solo nieve. También ella sale cada dos por tres a la puerta y da un par de pasos fuera del pub. Tal vez ahora pueda comprender un poco mejor lo que le he contado: cómo uno observa constantemente el exterior por un agujero de la tienda mientras afuera el viento aúlla y crea remolinos de nieve durante horas y, si la suerte no te acompaña, durante días. Y entonces empezaban a escasear el queroseno para el quemador y las reservas de alimento.

—Bueno, Bill —dice Howard, chocando el vaso con él, que tiene cuarenta años pero parece mucho mayor—. ¡Eso

lo sabrás tú mejor, desde luego! Pero, ¿habías visto tanta nieve junta en toda tu vida? ¿Acaso has salido alguna vez de nuestra isla? ¡Bah, da igual! ¡Aquí nunca nos quedamos atrapados por la nieve! Aunque, eso tampoco sería tan terrible... así no tendría que oír a mi mujer quejarse si llego tarde a casa. Al fin y al cabo, es sábado por la tarde.

—Aquí hay uno que seguro que ha visto mucha más nieve que todos nosotros juntos —contesta Bill y me busca con la mirada. Me vuelvo y enjuago una jarra de cerveza. Ya no consigo distinguir si está bien limpia. Me recorre una oleada de calor. Siempre llevaré conmigo el recuerdo de aquellos días.

En qué mundos tan distintos se puede vivir, me digo.

Hay situaciones en las que uno realmente puede decidir

si quiere cambiar su mundo conocido por otro

absolutamente extraño: en mi caso, un

mundo pequeño y abarcable por uno inmensamente grande.

Y luego hay situaciones en

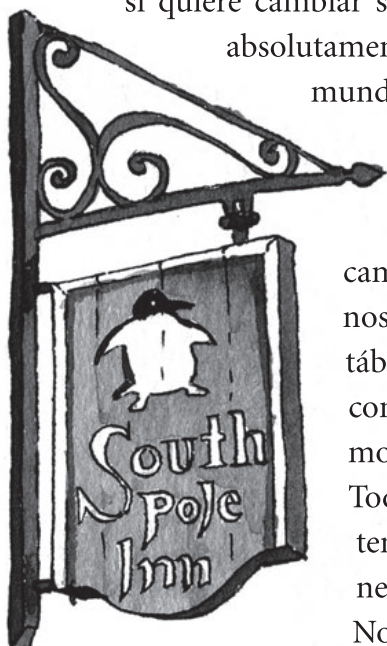
las que es el mundo el que

cambia ante nosotros, aunque nos hayamos quedado donde estábamos y hubiéramos deseado

conservar el mundo que teníamos. Pero, ¿qué estoy contando?

Todo esto es muy difícil de entender para alguien que no tiene nada que ver con esa historia.

No pretendo ser grandilocuente.



Lo que intento en realidad es disfrutar el otoño de mi vida con calma, en Annascaul, Irlanda, cerca de la granja de mis padres, donde crecí.

En este pueblecito, vivo con mi querida esposa Ellen, en el pub «South Pole Inn», en el que ahora mismo se han congregado tantos vecinos. Me llamo Thomas Crean<sup>1</sup>, pero todos me llaman simplemente Tom. En la taberna se intercambian historias, los lugareños se cuentan todas las pequeñas cosas que suceden en Annascaul. Igual que el domingo por la mañana la gente va a la iglesia, el sábado por la tarde vienen a mi taberna. A veces, cuando estoy de humor, les explico de dónde viene el nombre de «South Pole Inn». Pero la historia completa, esa todavía no la ha oído nadie aparte de Ellen.

—¡Tom! —oigo que grita Howard de nuevo—. ¿En el Polo Sur llegó a nevaros así? Ahora mismo está todo cubierto de blanco.

Me pongo a limpiar el grifo de cerveza y trato de volver a sonreír. Ellen me mira y me doy cuenta que hace un gesto afirmativo con la cabeza. Probablemente me está animando a que empiece a hablar de una vez.

—La nieve puede ser tan ligera como el polvo o tan dura como la piedra, viscosa o agradable al tacto, afilada como un cuchillo o suave como el plumón de las aves —les explico—. Sabíamos distinguir entre todos esos tipos de nieve.

En un día como este, en el que está cayendo una verdadera nevada en la región y la nieve está incluso cuajando,

---

1 En la parte final del libro hay un glosario donde se explica la terminología.

mis compatriotas podrían llegar a comprender un poco lo que viví en el Polo. Por lo general aquí no hay más que verde por todas partes, incluso en invierno. En el Polo Sur todo era blanco, el color verde había dejado de existir.

—Vamos a ver cómo está ahora nuestra nieve —exclama Howard y vuelve a salir. Unos cuantos salen con él.

—¡Otra cerveza, Ellen! —grita y varios hombres se piden otra también.

Yo cojo sus jarras vacías y las enjuago. Noto que Ellen me echa varias miradas de reojo. Sabe cuánto me apetece desahogarme.

Pero he tenido que oírles decir a varios clientes cosas como «Así que hiciste todo eso para los británicos», con un cierto tonillo, lleno de reproches. Por eso soy precavido. Yo no puedo despreciar a toda costa a los británicos, como muchos de mis compatriotas. ¿Acaso no me han dado la oportunidad de ver el mundo, el mundo entero, porque en aquel momento aspiraban a gobernarlo? En cualquier caso, todo sucedió en el mejor momento posible, cuando me estaba haciendo un hombre y el mundo paterno se me empezaba a quedar pequeño, sí, el mundo paterno... En nuestra granja, mi padre mandaba según las viejas costumbres: el que detiene el castigo, a su hijo aborrece. Junto con mis nueve hermanos, tuve que hacerme un hueco bajo su potestad. Pero, ¿dónde podía encontrarlo en nuestra granja, en Annascaul, en el fin del mundo, en la esquina más occidental de Irlanda? Cuando hay problemas, uno se marcha y en un momento llega a los acantilados. ¡Qué nostalgia despierta el mar, cuando



rompe con fuerza contra las rocas o se mece silencioso bajo el sol! A fin de cuentas las posibilidades que ofrece el mar son dos: o bien tirarse por el acantilado o bien utilizar su enorme extensión como camino hacia una nueva vida.

¿Por qué tuvo que volver a pegarme mi padre, solo porque había empezado a plantar las malditas patatas de siembra demasiado juntas las unas de las otras? ¿Qué esfuerzo tuve que hacer para no devolverle el golpe! ¿Había



empezado todo con esa humillación? ¡Pues sí! Y luego, por supuesto, también fue culpa de los británicos, si se quiere, que en aquella época un mocoso como yo tuviera la posibilidad de escapar: los británicos buscaban tripulantes para sus barcos y los jóvenes irlandeses buscaban un lugar donde soñar. Así comenzó todo. En retrospectiva, todo sucedió muy deprisa: me voy de casa con quince años, durante la noche, mientras todos duermen. Conozco el camino hasta el puerto más próximo como la palma de mi mano y lo he recorrido ya docenas de veces con mi imaginación. Solo me acompaña la luna, mi única aliada, y al día siguiente me encuentro ya frente a un oficial de reclutamiento. El elegante uniforme que lleva... ¡me encantaría ponérmelo algún día! Por lo que respecta a mi edad, no le digo toda la verdad, pero tampoco el oficial quiere oírlo realmente.

Soy admitido como grumete en la Armada británica. 1893 es el año en que me enrolo. Una vez más los británicos contaban con un jovenzuelo al que podían formar y adiestrar a su gusto. Pero yo no veo nada de eso, yo solo veo mi oportunidad: me va bien, voy cambiando de barco, de mar, de continente, de amigos, de chicas, de forma de pensar. En el año 1900 estoy sirviendo en un navío que acaba de echar anclas en Nueva Zelanda cuando me entero de que en otro barco, el *Discovery*, un marinero se ha enfrentado a un oficial y después ha salido huyendo. Ocupo su lugar, por cierto, bajo el mando de un tal Robert Falcon Scott. Con el *Discovery*, Scott emprende una expedición hacia la Antártida: así da comienzo mi vida como «explorador del Polo».

—¡Eh, chicos, la nieve nos va a acabar cubriendo por completo! —berrea Howard al volver al local con los demás—. ¡Escamosa, diría yo, la nieve es claramente escamosa!

Se sacude la nieve con gestos bruscos, como si quisiera demostrar lo peligroso que es estar ahí fuera.

—Howard, si sigues haciendo eso vas a mojarlo todo —dice el viejo Bill y, sin darme cuenta, apruebo con la cabeza.

—¡No te pongas así! —responde Howard y coge su Guinness recién tirada. Creo que, con él, un grupo que quisiera sobrevivir en la Antártida habría tenido problemas. Alguien que no escucha ni acepta las críticas, es una amenaza para la cohesión del grupo. ¿No era el propio Scott una persona así?

—¡Tom, cuéntanos cómo eran las cosas ahí abajo! —pide de repente otro cliente desde la barra.

Y Howard exclama:

—Porque tú has participado en la carrera hacia el Polo Sur. ¿Cómo fue realmente? ¿Llegaste a ver muerto a ese Scott?

Noto que se hace el silencio. Incluso el viejo Bill, que sin duda conoce ya la historia, me mira fijamente. Ellen sonrío y asiente con decisión.

## Europa antes de la guerra



A principios del siglo XX hacía mucho tiempo que la paz reinaba en Europa. Pese a las importantes diferencias que existían entre las clases sociales, era un periodo de prosperidad para todos. Sin embargo, se percibía la inminencia de una crisis: los países grandes se iban armando cada vez más y se amenazaban los unos a los otros. Era la época del imperialismo.

En los países industrializados, el capitalismo había progresado mucho: con la implacable lucha por conseguir beneficios aumentó enormemente el rendimiento económico, pero también la competencia en los mercados. Cuando el Estado deseaba dominar a los demás, su industria buscaba sobre todo asegurarse de contar con un acceso sencillo a las principales materias primas. Gran Bretaña era entonces la nación con mayor influencia, porque con su imperio gobernaba medio mundo. No obstante, cada vez le resultaba más difícil controlar sus colonias. Los pueblos colonizados se defendían de la clase dominante blanca y empezaban a luchar por su independencia. La coyuntura afectó no solo al inmenso subcontinente indio, sino también a un país pequeño como Irlanda, que formaba parte de las «Islas Británicas». Para el Imperio, se trataba de luchar por su futuro. Pero el deseo de obtener el autogobierno surgió también en un país como Noruega, que se separó de Suecia en 1905.

El siglo XIX se caracterizó por el «descubrimiento», apropiación y reparto entre los europeos de todos los rincones del planeta.

Los exploradores, aventureros y misioneros se adentraron en las regiones más remotas de la Tierra, sobre todo en el interior del gigantesco continente africano y en Asia, donde todavía podían encontrar territorios para someter. En el siglo XX el proceso se dio por concluido y realmente todas las regiones de la Tierra habían sido exploradas y «embargadas». Lo único que quedó fuera del reparto fueron aquellas zonas que no pertenecían a nadie porque ningún ser humano había puesto el pie en ellas todavía: aparte de las montañas más altas, formaban parte de esos territorios los círculos polares, y entre ambos, el primer lugar en la mente de los exploradores lo ocupaba el Ártico, el Polo Norte. El Ártico se encontraba a la puerta de casa, como si dijéramos. Por el contrario, la Antártida seguía siendo percibida como otro mundo: increíblemente lejano, desierto y absolutamente desconocido.



*Viajando «al estilo colonial»: un funcionario colonial transportado en una litera.*